

Dos caras de España en la I Guerra Mundial: De la mediación humanitaria de Alfonso XIII al suministro logístico a ambos bandos

Fernando RAMOS FERNÁNDEZ
Universidad de Vigo
ferramos@telefonica.net

David CALDEVILLA DOMÍNGUEZ
Universidad Complutense de Madrid
davidcaldevilla@ccinf.ucm.es

Recibido: 15 de junio de 2013

Aceptado: 5 de julio de 2013

Resumen

El papel desempeñado por España con relación a la I Guerra Mundial presenta dos grandes aspectos: la labor humanitaria realizada por el Rey Alfonso XIII, que ayudó a miles de prisioneros, heridos y civiles a superar las diversas situaciones que generó el conflicto e incluso a sobrevivir, y los beneficios económicos que, como nación suministradora de pertrechos y alimentos a los dos bandos, reportó a numerosas empresas españolas, de manera especial a determinados sectores, como el de las conservas de pescado de Galicia. Pero a la larga, en éste y otros casos, generó escasez y carestía de productos básicos para los propios españoles, lo que se erigió como una de las causas de los posteriores estallidos sociales.

Palabras clave: Ayuda humanitaria; intervención; pertrechos; exportaciones; beneficios; consecuencias.

Spain in World War I: From the logistics supply humanitarian mediation

Abstract

The role played by Spain in relation to World War I presents two major aspects: the humanitarian work by King Alfonso XIII, who helped thousands of prisoners, wounded, and civilians to overcome various situations created by the conflict and also to survive, and the economic benefits that, as a nation supplying gear and food to both sides, came to numerous Spanish firms, in particular to certain sectors, such as canned fish of Galicia. But eventually, in this and other cases, it created shortages and scarcity of commodities for the Spanish themselves, which was one of the causes of later social unrest.

Keywords: Humanitarian aid; intervention; supplies; exports; benefits; consequences.

Referencia normalizada

Ramos Fernández, F. y Caldevilla Domínguez, D. (2013) Dos caras de España en la I Guerra Mundial: de la mediación humanitaria de Alfonso XIII al suministro logístico a ambos bandos. *Historia y Comunicación Social*. Vol. 18, págs. 223-244.

Sumario: 1. Introducción: Las dos Españas. 2. El papel mediador del Rey. 2.1. La neutralidad impuesta. 3. El beneficio económico de la Guerra. 3.1. Las conservas de Galicia, suministro vital. 4. Conclusiones. 5. Bibliografía.

1. Introducción: Las dos Españas

El centro de la ciudad de Vigo está constituido por un magnífico conjunto de edificios notables, realizados en granito del país por los mejores arquitectos de su tiempo, hasta constituir una de las señas de identidad de su arquitectura urbana. Buena parte de estos colosos de piedra labrada por canteros gallegos fueron levantados entre finales del siglo XIX y los primeros veinte del siglo siguiente. Pero los más lujosos, rotundos y notables se construyeron tras la I Guerra Mundial y, en gran medida, como consecuencia de ésta.

No es una leyenda urbana, sino un hecho constatable por los historiadores de la arquitectura local (Garrido e Iglesias, 2000) que gran parte de los inmensos beneficios que reportaron a los conserveros de Galicia sus suministros a los combatientes de los dos bandos de aquel conflicto fueron a parar, entre otros, a una serie de construcciones emblemáticas que dieron al centro de la urbe la peculiar fisonomía que hoy conserva.

Las conservas de Galicia alimentaron, especialmente en el bando francés, a los soldados que combatieron en aquella guerra, lucrándose del incremento de la demanda que las necesidades del conflicto proyectaron sobre la industria agroalimentaria y pesquera de España, especialmente las conservas de todo tipo, dada la facilidad de almacenamiento, transporte y conservación.

Este hecho se conjuga con la otra España ante el conflicto: la de la presencia española activa en la I Guerra Mundial y que, en ocasiones, daba lugar a curiosas paradojas de que, en un mismo puerto, donde se procedía al canje o recibimiento de soldados prisioneros, como consecuencia de la implicación humanitaria del Rey Alfonso XIII para aliviar a los heridos o enfermos, se estuvieran exportando mercancías a los bandos enfrentados, a través de vitales envíos de alimentos a los beligerantes.

Para desarrollar documentalmente el presente trabajo, hemos investigado en el mejor centro de referencia sobre la exportación de conservas de pescado y semi salazones del país, la Asociación Nacional de Fabricantes de Conservas de Pescado (ANFACO), ubicada dentro del recinto del Campus Principal de la Universidad de Vigo. Se han analizado además varias fuentes escritas por parte de investigadores de primer nivel sobre el progresivo desarrollo industrial del sector pesquero y de transformados en aquel tiempo. Aparte de un interesante museo muy bien dotado, en la sede de la Asociación Nacional de Fabricantes de Conservas de Pescado se conservan los datos de producción y la propia colección de publicaciones especializadas que, con temprana perspectiva, editaba el propio sector y que, por otro lado, constituye un notable ejemplo de revistas técnicas muy avanzadas para su tiempo.

Asimismo, hemos consultado tanto las obras de carácter general y la propia bibliografía de la época, alrededor de las iniciativas humanitarias de Alfonso XIII, como algunos notables trabajos al respecto, centrados justamente en la mediación del Monarca, incluidas sus propias manifestaciones personales sobre este episodio, recogidas directamente por sus biógrafos. El Monarca evoca su papel en aquel conflicto,

que él mismo llega a considerar como el asunto más relevante y de mayor trascendencia de su propio reinado, confesión que hace a uno de sus biógrafos ya en el exilio romano.

Los biógrafos de Alfonso XIII: Bormarti de Codecido (1946), Cortés Cabanillas (1941 y 1951), Carretero Novillo (“el Caballero Audaz”, 1934) y Pilar de Baviera y Chapman-Huston (1959) coinciden en considerar que, por encima de todos los errores de su reinado, la labor humanitaria del Monarca depuesto solventan a su favor todos los merecimientos como personaje digno de ser recordado y estimado, no sólo por su pueblo, sino por todo el mundo.

La España de Alfonso XIII fue la principal suministradora de alimentos especialmente aptos para ser enviados a los frentes de toda la guerra. Con respecto a las remesas de alimentos enlatados a las naciones enfrentadas, las estadísticas relativas a la producción de conservas de Pescado en el conjunto de España (Galicia, Andalucía y Cantabria, esencialmente) revelan, con carácter general, que en el periodo 1914-1920, los incrementos de la demanda superaron de promedio el 40% de la producción precedente, en una escala progresiva, hasta, en algunos casos, duplicarla, de modo que ello repercutió sobre el propio sector extractivo incrementando, de paso, el precio del producto acabado para el mercado interior. No en vano, los especialistas en el estudio de la producción agroindustrial y de derivados de la pesca de España llegan a considerar el periodo de la I Guerra Mundial, en lo que se refiere a la conserva, como el más importante (desde el punto de vista de rentabilidad y producción) de su historia (Carmona, 2004:91)

Además de los valiosos fondos de la Asociación Nacional de Fabricantes de Conservas de Pescado, hemos consultado la literatura científica especializada, en torno a este periodo de la historia de Galicia, así como de otras regiones suministradoras a las naciones enfrentadas en Europa. También se han revisado las fuentes bibliográficas coetáneas o inmediatamente posteriores al reinado de Alfonso XIII, en torno al papel que, como mediador humanitario, desempeñó este Monarca, dado que este hecho es el contrapunto de nuestro análisis en la perspectiva global que abordamos del doble papel desempeñado por España con respecto a la I Guerra Mundial.

2. El papel mediador del Rey

Es preciso acercarse con mucha prudencia a la relación de Alfonso XIII con respecto a la I Guerra Mundial, porque la mayor parte de los testimonios se escriben para alabar la figura del rey destronado, con un marcado ataque al régimen republicano surgido en 1931, y con la confusa expectación de los animadores dinásticos por ver si el vencedor de la guerra civil restablecía la Monarquía.

Es evidente que, aunque en la época no existía este término propiamente, que el gesto humanitario del Rey fue empleado para desarrollar una activa campaña de imagen y Relaciones Públicas acerca de su persona, especialmente por la prensa

conservadora. Lo cierto es que, dentro del propio Palacio Real, la familia vivía su propio drama como consecuencia del conflicto, que enfrentaba a no pocos deudos de María Cristina de Habsburgo-Lorena, madre del Rey, con su nuera Victoria Eugenia de Battenberg, sobrina del rey Eduardo VII y nieta de la reina Victoria del Reino Unido.

Alfonso XIII recibe las primeras noticias del conflicto (Bomartí de Codecido, 1946: 149), en Santander, donde se hallaba con el general Miranda como ministro de Jornada. El 30 de julio de 1914 declara la neutralidad española, que, ya en Madrid, es oficialmente confirmada el 5 de agosto. Sobre la reacción de los españoles, Bomartí (ibídem) escribe:

La Opinión pública se sienta tan rectamente interpretada, que se desborda en manifestaciones de aplauso al monarca. Tan exactamente correspondido, que cuando el Conde de Romanones inspira al periódico *Diario Universal* un artículo el 19 de agosto titulado “Neutralidades que matan”, hay gritos, mueras y algaradas contra el maquiavelismo político, partidario de Francia e Inglaterra. Y cuando Lerroux regresa a España por Irún, después de declararse en París intervencionista a favor de los aliados, grupos rabiosos asaltan el restaurante donde come, rodean su coche y quieren lincharlo.

El presidente del Gobierno en el momento de iniciarse las hostilidades, Dato, era la única personalidad relevante realmente neutral, en tanto eran evidentes las simpatías de Alfonso XIII hacia los aliados. El 7 de agosto de 1914, *La Gaceta* publicaba un Real Decreto por el que el gobierno de Alfonso XIII se creía en el “*deber de ordenar la más estricta neutralidad a los súbditos españoles con arreglo a las leyes vigentes y a los principios del Derecho Público Internacional*”.

El declive de España tras el reciente desastre del 98 y la pérdida de sus territorios ultramarinos, el escaso desarrollo industrial y la falta de recursos hacían impensable que a nadie sensato se le ocurriera embarcarse en la aventura de una incierta guerra, cuando ya tenía la propia en el volcán africano -mal apaciguada y peor gestionada-, y las agitaciones sociales que se sucederían entre 1909 y 1917, hasta desembocar en el cambio de régimen político de 1931, requerían concentrar todos los esfuerzos en menos quiméricas aventuras. España apenas fue un espectador en las conferencias previas a la Guerra Mundial que preludieron el desastre como consecuencia del reparto de los territorios africanos -por ejemplo la de Algeciras, 1906-.

Las opiniones de los españoles de aquel tiempo, tras la declaración de neutralidad, se expresan en tertulias y cafés, donde los partidarios de cada bando llegan a escenificar directamente sus propias posiciones. Incluso algunos consideran un deshonor nacional no participar en la Gran Guerra. Con carácter general, los sectores democráticos y republicanos se alinean con Francia e Inglaterra, en tanto los conservadores prefieren hacerlo con los Imperios Centrales.

Más realista es la visión de Francesc Cambó, cabecilla de la Lliga Regionalista, quien escribiera el 20 de agosto de 1914 en el periódico afín, *La Veu de Catalunya* el artículo “Espanya davant la Guerra Europea. Causes de la guerra. La neutralitat

d’Espanya” (España ante la Guerra Europea. Causas de la guerra. La neutralidad de España) en el que afirma [traducimos del catalán]:

Se va a una guerra para recuperar lo perdido... y España no añora ni desea lo perdido; se va a una guerra para conseguir una gran idea nacional... y España no tiene ningún ideal nacional que nos una a todos, sólo algunos pseudoideales de grupo, capaces únicamente de mantener una guerra civil [...] Ésta es la realidad, la triste y vergonzosa realidad [...] Hemos de ser neutrales en la guerra porque no podemos ser otra cosa.

Pese al tono justificativo de la figura de Alfonso XIII, Baviera y Chapman (1959: 150) centran con bastante precisión este episodio histórico, para concluir que la intervención del Rey volvió a colocar a la destartalada España de aquel tiempo, entre las grades naciones del momento, elevándose, de alguna manera, sobre las que se hallaban en conflicto.

Y en este sentido escriben:

En aquel momento, la situación de España en el mundo era casi inigualada: era la mayor potencia neutral; durante toda la guerra había velado y servido los intereses de todos los beligerantes sin excepción; era la única nación moralmente en condiciones de presidir una Conferencia de la Paz.

Incluso Cambó, de nuevo, el 25 de agosto de 1914 volverá a publicar en *La Veu de Catalunya* otro artículo titulado “Espanya davant la Guerra Europea. Al fer-se la pau” (España ante la Guerra Europea: Al hacerse la paz) en el que habla de que el verdadero papel de España será en la paz post-bélica (Fuentes Codera, 2008: 8 y 9) [traducimos del catalán]:

Tengo que decir con franqueza que no me preocupa gran cosa el que ganen Alemania y Austria, o que la victoria salga del agrupamiento de potencias que contra ellas están en guerra [...] El Congreso internacional que fijará la situación de todos los estados de Europa después de la guerra puede ser (no digo que lo sea) un momento espléndido para que nuestra diplomacia supla la falta de ideal colectivo del pueblo español y prepare un periodo ascensional para la vida de España

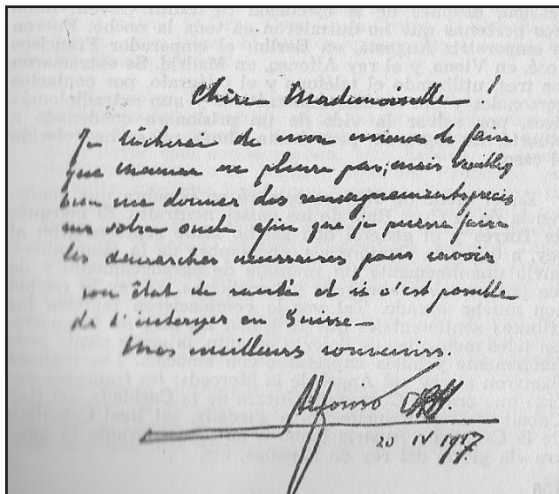
Para Alfonso XIII España no recibió el reconocimiento que sus desvelos merecían (como atisbara Cambó), al ser excluida de la Conferencia de la Paz, en el consejo de Versalles y Saint-Germain, cargo que ambos autores atribuyen a la falta de disposición del gobierno de la época.

El despertar de la conciencia humanitaria del Monarca se sitúa en el efecto que le causó la causa de esposa de un soldado francés, de la Gironda (algunos autores añaden el detalle de la modesta profesión de la interfecta, lavandera, lo que supone un aspecto emotivo), rogándole que intercediera por la suerte de su marido, al que daba por desaparecido en la batalla de Charleroi o del Sambre (agosto de 1914), y le pedía ayuda para encontrarlo, para saber al menos había sobrevivido.

Estas solicitudes eran habituales ya que las batallas de la Gran Guerra eran muy costosas en vidas humanas. La batalla del Somme (julio de 1916) supuso en su primer

día la muerte de 21.000 soldados británicos, cifra que aún se mantiene como la más alta para un solo día de batalla en toda la historia documentada. Después de cinco meses, los Aliados habían avanzado sólo doce kilómetros con un coste de 420.000 bajas británicas y de 200.000 bajas francesas adicionales (Cabezuelo, 2010: 17).

Ya en su momento, de los miles de cartas que llegaron a Palacio, se seleccionó algún caso que, por emotivo, fue objeto de un especial tratamiento por parte del Rey y obviamente divulgado. Tal es el de una niña de ocho años, llamada Sylviane Sartor, que escribe al monarca con la sencilla naturalidad de su corta edad, diciéndolo que su madre llora porque su hermano está prisionero, teme por su vida y pide la intercesión de Alfonso XIII para que sea enviado a Suiza. (Ver grabado 1). El propio rey responde de puño y letra a la niña en francés y dedica al asunto interés especial (Baviera y Chapman, 1959: 157)



Grabado 1. Carta autógrafa de Alfonso XIII respondiendo a una niña francesa que le pide ayuda para localizar a su hermano prisionero

Oficialmente se anunció que, con una aportación de algo más de medio millón de euros de nuestros días, el Rey hizo habilitar en el Palacio Real una oficina de atención a los soldados cautivos, como lugar de referencia y localización, al que se dirigirían las cartas de las familias de los desaparecidos o en lugar ignorado. Oficialmente se reclutaron cuarenta empleados, en su mayoría con carácter voluntario, junto con personal de la propia Casa Real.

El comienzo de la acción benefactora fue más bien modesta. En el inicio, su secretario particular, Torres de Mendoza, iba despachando la correspondencia con

peticiones de ayuda que llegaba a Palacio. Pero ante el volumen de la estafeta, se creó una oficina específica. Debe ser destacado el papel de los diplomáticos españoles, cuyas gestiones directas e informaciones aportadas ayudaron a suavizar o reducir las frecuentes represalias que, según los avatares de la guerra sufrían los prisioneros, especialmente en manos de Alemania, aunque también en el bando francés se produjeron sucesos bochornosos, sobre todo en cuanto a desposeer a los cautivos de sus bienes más íntimos y personales, tal y como recientemente han permitido recuperar algunos documentales de aquel tiempo.

La Oficina se organizó en varias secciones: 1. Servicio de desaparecidos. 2. Servicio de información y correspondencia en territorios ocupados. 3. Servicio de prisioneros. 4. Servicio de repatriaciones de militares heridos graves o enfermos. 5. Servicio de

repatriaciones de población civil. 6. Servicio de internamiento en Suiza. 7. Indultos. 8. Conmutaciones de pena. 9. Remesa de fondos a individuos o familias que vivían en territorios ocupados y que se hallaban incomunicados durante mucho tiempo en relación con sus familiares. 10. Informes relativos a visitas de inspección realizadas por los delegados españoles a las embajadas en Berlín, Viena y Roma.

Las diversas fuentes no discrepan en gran medida de los datos oficiales del recuento. El detalle concreta que se pudo prestar ayudar a 122.000 prisioneros franceses y belgas, 7.950 ingleses, 6.350 italianos, 400 portugueses, 350 americanos y 250 rusos. Fueron realizados canjes, a través de puertos españoles, de 21.000 prisioneros enfermos y alrededor 70.000 civiles pudieron ser trasladados a zona segura. Los agregados militares españoles, en colaboración con la Cruz Roja, llevaron a cabo 4.000 visitas a campos de concentración, para controlar el trato que se daba a los prisioneros de guerra. Asimismo se atribuye a Alfonso XIII el compromiso de los países en guerra para no considerar objetivo torpedeable a los buques hospital de tropas.

En su momento, se comentó que algunos personajes famosos pudieron mejorar su situación gracias a Alfonso XIII, y entre ellos se cita al actor Maurice Chevalier y al pianista polaco Arthur Rubinstein. Otro personaje cuya salvación se atribuye al Rey fue el artista Nizhinsky, rescatado de un campo de concentración.

La Oficina Pro-Cautivos de Alfonso XIII realizaba buena parte de su trabajo en colaboración con la Cruz Roja y fue, sin duda, la primera experiencia de una acción humanitaria exterior de España. Alfonso XIII aprovechó sus buenas relaciones con Gran Bretaña y Alemania para sus gestiones. La oficina cambió sus funciones a lo largo del conflicto, ya que inicialmente funcionaba como un centro para la localización de desaparecidos, ampliando sus actividades. Siempre de la mano de la Cruz Roja, realizaba todo tipo de gestiones humanitarias, especialmente el intercambio de heridos o enfermos, para lo cual se pusieron a disposición de las potencias en guerra los principales puertos españoles, con preferencia a los de la cuenca mediterránea.

Uno de los aspectos más notables de la intervención de Alfonso XIII, haciendo valer incluso su condición de coronel honorario en regimientos de los bandos en guerra, fue intentar salvar la vida en trágicas situaciones de personal no combatiente, atrapado en la vorágine del conflicto. El más notable, que no pudo resolverse en el modo esperado, fue el de la británica Edith Cavell, enfermera civil, acusada de facilitar la evasión de unos soldados aliados cautivos de los alemanes. El embajador de España hizo una gestión con éxito ante el barón Von der Lancken-Wakenitz, a quien el diplomático logró convencer de que el fusilamiento sería perjudicial para la imagen de Alemania en el mundo; pero el general Von Bissing, jefe de la ocupación militar, no fue condescendiente y la ejecución se llevó a cabo. Mejor suerte obtuvo la intervención directa de Alfonso XIII ante el Káiser que salvó la vida de la condesa de Belleville en un caso similar de ayuda a la huida de prisioneros.

A medida que la guerra fue avanzando, y tras la entrada en el conflicto de los Estados Unidos, el signo de la ayuda del Rey no varió, pero sí el volumen mayor de

sus destinatarios que pasaron a ser, en mayor proporción que en la fase primera de la guerra, los soldados alemanes y austro-húngaros.

Los diversos biógrafos de Alfonso XIII coinciden en que esta labor humanitaria lo debería haber hecho merecedor del Nobel la Paz. Francisco Lastres, conocido jurista, fue el encargado de presentar la propuesta que no prosperó, ya que tuvo que competir con el Comité Internacional de la Cruz Roja, al que se le adjudicó en 1917. A lo largo de su historia, este organismo volvió a ser galardonado en 1944 y 1963. Entre 1914 y 1916 no se entregó y en 1918 quedó desierto. Ya siendo rey en el destierro, un francés agradecido, Albert de la Pradelle y un español, Yanguas Messía, miembros ambos del Instituto de Derecho Internacional de París, presentaron de nuevo la propuesta en 1933. Pero la imagen de Alfonso XIII no pasaba por su mejor momento en el mundo y sus méritos pasados no fueron reconocidos.

Se sospecha de que el comité noruego que lo otorgaba quería mantenerse neutral ante la situación política de España, dado que el reconocimiento de Alfonso XIII, rey depuesto, hubiera podido ser interpretado como una intromisión en la convulsa situación española, dada la proyección indudable que hubiera supuesto internacionalmente para el depuesto Monarca, “arrojado del trono” por los españoles dos años atrás.

Ante del advenimiento de la II República, luego de una activa campaña, 9.000 municipios pidieron que el propio rey se concediera a sí mismo ‘La gran cruz de Beneficencia’. Hasta el propio Alfonso XIII fue consciente de lo extraño que resultaría el caso, y se decidió imponer tal galardón a la bandera de España, en la enseña del Regimiento de Cazadores a caballo que llevaba el nombre del Monarca.

Que el Rey valoraba especialmente sus actos humanitarios queda reflejado en sus propias palabras, recogidas por su biógrafo Cortés Cabanillas (1951:58-59) como consecuencia de una entrevista sostenida con Alfonso XIII en su exilio de Roma:

-Si me permite Vuestra Majestad, quisiera, si es posible, saber cuál es, a su juicio, el acontecimiento de mayor trascendencia e importancia, y de mayor beneficio en la vida política, social y económica de España durante su reinado.

Sin vacilar un momento, el Monarca me responde:

-La neutralidad durante la Gran Guerra. Y no sólo por las vidas conservadas y por las utilidades recibidas, sino también porque España se evitó los horrores de una paz, cimentada tal falsamente. El daño causado a Europa por la Sociedad de Naciones –añade el Rey- es consecuencia inevitable de los 14 puntos de Wilson, que era un ilustre delirante. España progresó de 1914 a 1918. Creo que eso es evidente. Ahora, la cuestión es saber si aquella prosperidad ha resultado o no perjudicial. El dinero se ganó con extrema facilidad y, naturalmente, al final, el proceso del regreso al nivel de vida de antes de la guerra fue penosísimo.

Alfonso XIII, insistía en que, por encima de los beneficios económicos, la obra de España, a él debida, destacaba en su intento de aliviar los efectos de la guerra, en tanto el cronista replica que el Palacio Real era llamado por algunos “*El templo de la*

misericordia”. En este sentido, se aportan nuevos datos sobre otras de las misiones que España asumió durante el periodo 1915-1918, entre otros, hacerse cargo de trece representaciones diplomáticas abandonadas en Viena y Berlín y se ofrece esta estadística: 5.000 peticiones de repatriación de heridos, 25.000 informaciones de familias residentes en territorios ocupados, dos gestiones de indulto y 250.000 investigaciones sobre desaparecidos.

Oficialmente, las gestiones del Rey de España se inician en abril de 1915, ofreciendo su intervención mediadora a las principales potencias enfrentadas, que es aceptada rápidamente tanto por Francia como por Alemania. Los primeros resultados se obtienen en agosto, entre el 17 y el 21, logrando el cese de las entonces frecuentes represalias que se llevaban a cabo por parte de los dos bandos, tanto sobre los prisioneros como la inocente población civil.

Alfonso XIII se quejaba ante Cortés Cabanillas de que las concausas que habrían de aliarse para provocar años después su propia caída fueran el fruto de la gran guerra, por cuanto la generación de la posguerra se negó a volver al estilo de vida anterior a 1914, de modo que “*el marxismo, el sindicalismo y el anarquismo, que constituían fuerzas larvadas, se transformaron en potencias organizadas para la acción directa contra el capitalismo y el Estado burgués*” Cabanillas (1951:62).

2.1. La neutralidad impuesta

¿Fueron o no las circunstancias del momento las que impusieron la neutralidad de España? ¿Acaso nuestro Ejército y nuestra Armada estaban preparados para participar en un conflicto de aquella envergadura, careciendo de un armamento moderno (para su época) como el que usaban los contendientes? Pocos años después del final de la guerra, las desastrosas campañas africanas contra la kábilas de El Rif demostraron trágicamente las carencias de medios y material, organización y mandos adecuados -que no de valor- de los soldados españoles.

La posición oficial del Gobierno español, al margen de las opiniones del Rey, oscilaba entre Romanones, partidario de los aliados; y la de Maura, cuya simpatía se decantaba por el bando de los germanos. Arriesgarse a entrar en aquella guerra, cuyo resultado final costó más de un trono, podría haber tenido sobre la propia Monarquía española efectos impensables. Además, España no se había repuesto ni moral ni militarmente del Desastre de 1898, se venía desangrando en África -y lo peor estaba por venir- y en todo caso, su distancia en cuanto a desarrollo industrial y social era notable con respecto a las potencias más cercanas. De hecho, desde el reinado de Alfonso XII (1875-1885), la Regencia de María Cristina (1885-1902) y posteriormente el reinado de Alfonso XIII no se crearán los marcos políticos adecuados para que el pueblo crezca en información, cultural, participación y responsabilidad cívica (Monzón 1999: 13).

Así pues, España no podía desempeñar otro papel que el que interpretó.

Si hasta entonces España no había participado en la política de bloques, menos sentido tenía hacerlo ahora. Nuestro país apenas contaba en el orden internacional y sus acuerdos con Francia e Inglaterra, especialmente para proteger sus costas e islas, tenía un carácter más simbólico que realmente efectivo.

Como consecuencia de la visita que efectuó Alfonso XIII a París en mayo y diciembre de 1913, y en la que el presidente francés Poincaré realizó a España en octubre del mismo año, se tuvo la impresión de que las simpatías del monarca se orientaban hacia los aliados, pero al iniciarse el conflicto, la postura personal del monarca quedó fijada con toda nitidez (Cortés Cabanillas, 1976: 32). En realidad, pensara lo que pensara el rey, no cabía otra salida que la neutralidad.

En aquel tiempo, nuestro ejército todavía seguía apegado al modelo de reformismo aplicado a finales del siglo XIX, cuyo referente era el modelo prusiano que en 1870 había vencido al francés en Sedán y nuestro sistema de reclutamiento, antiquado e injusto, solamente llevaba al cuartel a los jóvenes más pobres, cuyas familias no podían pagar los rescates en metálico, que redimían a los hijos de las clases pudientes. Este estado de cosas se agravó al asumir el Ejército la función policial en orden a la administración de aspectos esenciales de las libertades públicas, como contrapeso al creciente movimiento obrero (Cardona, 1990: 121-127). En todo caso, no era precisamente un Ejército preparado para meterse en una gran guerra y a duras penas en una pequeña.

3. El beneficio económico de la Guerra

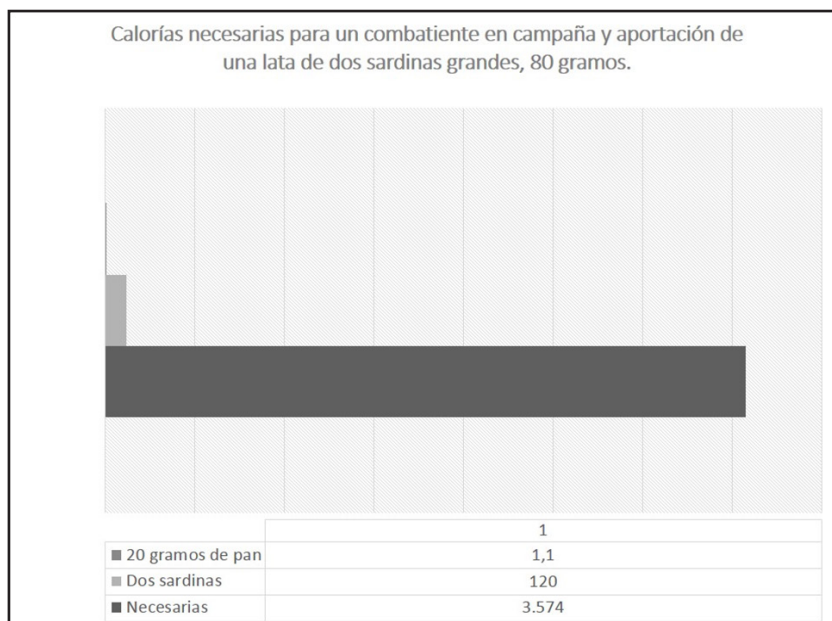
Por encima del enfrentamiento entre las derechas y las izquierdas, la I Guerra Mundial tuvo un efecto reconocible en España: hizo ricos a muchos. Curiosamente, nuestro país fue moneda de cambio en la propaganda de los dos bandos, que con regularidad lanzaban campañas atribuyéndose proximidad al que nunca dejó de ser oficialmente un país neutral. Para los conservadores, Alemania era ley y orden; para los progresistas de la época, Francia e Inglaterra eran “*la causa del derecho, la libertad, la razón y el proceso contra la barbarie*”, como decía Alejandro Lerroux.

Nuestro país se convirtió en uno de los principales suministradores de alimentos, armas ligeras, equipos y pertrechos, impedimenta militar, metales y carbón.

El sector más sensible era el alimentario, ya que no presenta un rechazo popular a su comercio (al contrario que las armas). Los ejércitos están formados por personas y éstos han de alimentarse. La tradición francesa de avituallamiento a base de conservas tiene una larga tradición en el ejército francés ya que se inicia en 1810 a raíz del propio apoyo que Napoleón prestó al inventor del sistema de conservación enlatada, Nicolás Appert (1749-1841). Se experimentó el suministro de comida en conservas a las tropas francesas en campaña, pero el lento proceso de envasado y sus dificultades de transporte rápido no permitieron el envío de grandes cantidades en aquel primer

periodo. Ya en 1914, las técnicas habían cambiado y las conservas de pescado fueron uno de los alimentos esenciales de los implicados en la dura campaña.

Para resaltar su importancia hemos recabado los datos manejados por los médicos militares de la época -y también actuales- quienes establecieron que los duros escenarios en que luchaban los soldados en la campaña y las adversas condiciones que tenían que soportar requerían al menos una dieta de 3.574 calorías. Una lata de dos sardinas grandes, de 50-80 gramos podía aportarles 120 calorías, por lo que era uno de los alimentos especialmente demandados y del gusto de los soldados francés.



Grabado 2. Fuente: elaboración propia

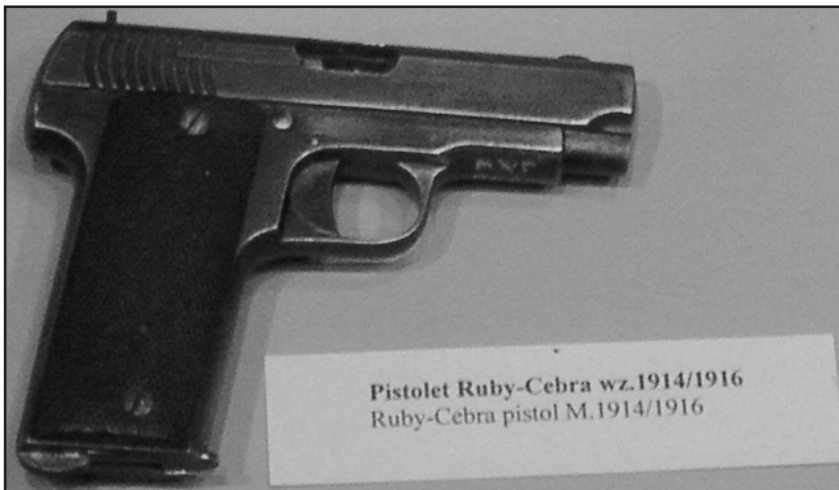
Los alimentos básicos, la llamada “Dotación ordinaria del soldado aliado”, que componían la dieta de los soldados en el frente occidental -variable según el ejército del que se trate, pues, por ejemplo los franceses preferían las conservas de pescado a las de carne y los alemanes al revés-, se basaba en (véase grabado 3):

- Extracto de carne
- Carne enlatada conservada
- Conserva de pescado
- Pasta de harina con carne (la popularmente conocida como “oxo”)
- Pan de galleta (pues se conserva mejor que el tradicional)
- Queso
- Azúcar
- Sal
- Vegetales deshidratados (para su mejor conservación)



Grabado 3. Comida para soldados (<https://sites.google.com/site/el-tanquefraybentos/fray-bentos-produciendo/comida-para-soldados>)

Ya en el ámbito bélico, destacamos que una pistola española, la Ruby-Cebra fue tomada por el ejército francés como reglamentaria durante el conflicto e Italia la empleó con profusión. (Ver grabado 4)



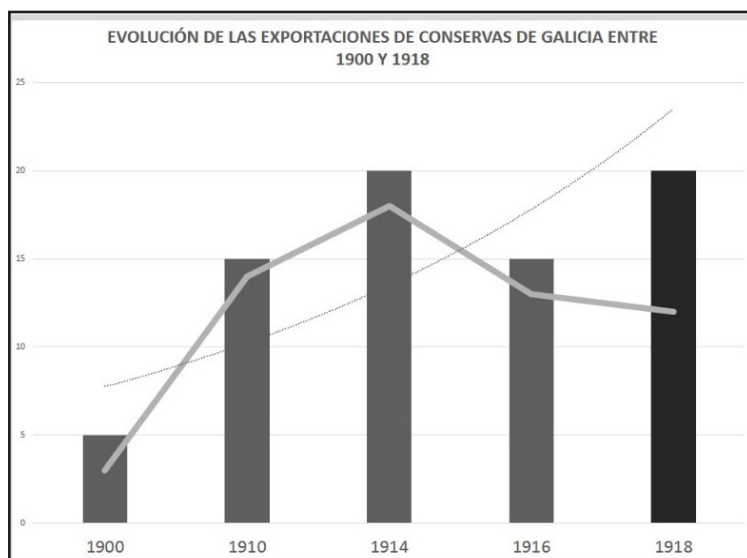
Grabado 4. La pistola Ruby-Cebra fue utilizada por Francia e Italia durante la I Guerra Mundial. A partir de 1915 fueron adquiridas 709.775 para el ejército francés. Cuarenta fábricas en el País vasco se dedicaron a la producción como Llama Gabilondo y Cía y Astra (principal proveedor de Italia). Francia exportó algunas unidades a Finlandia, Grecia, Polonia y Serbia entre 1916 y 1920.

Pese a ser un país neutral, la flota mercante española resultó afectada por la guerra, ya que los submarinos alemanes hundieron 250.000 toneladas, compensadas al final de la guerra con la entrega a España de varios mercantes germanos, uno de los cuales, el primer “Dédalo” sería años después habilitado como portaaeronaves y empleado en el desembarco de Alhucemas.

El aspecto más visible de las repercusiones de la guerra en España fue, por tanto, de orden económico, al variar el signo negativo de nuestra balanza de pagos que, desde un techo de 200 millones de pesetas en negativo, remontó hasta los 500 millones de saldo a favor. La minería vasca, el carbón asturiano, la banca y las conservas de pescado, especialmente las de Galicia, incrementaron exportaciones exponencialmente y con ellas los lucros empresariales.

Además, la fuerte demanda obligó a la puesta al día y modernización de las fábricas y a reorganizarse para mantener el ritmo de producción conforme a las exigencias de los nuevos tiempos.

Pero tras la euforia de la guerra, España padeció sus consecuencias, que desembocaron en la crisis de 1917. La escasez de alimentos y su encarecimiento, debido a las exportaciones (los productos de primera necesidad experimentaron un alza del 15% durante la guerra) fueron causas de la agitación social que dio lugar a la huelga general, además de la complicación que supuso la epidemia de gripe del año siguiente (llamada ‘española’), que afectó a amplios sectores, especialmente los menos favorecidos de la sociedad mundial.



Grabado 5. En el presente cuadro puede apreciarse la evolución de las exportaciones de conservas de pescado de Galicia. Las figuras verticales indican los niveles de producción, la línea quebrada los techos de las exportaciones que, en gran medida corresponden con los momentos de mayor actividad bélica. Fuente: elaboración propia.

3.1. Las conservas de Galicia, suministro vital

La industria conservera de Galicia ha representado tradicionalmente el 80% del sector en toda España, con ligeras variaciones a lo largo del último siglo y medio. La evolución de las especies enlatadas ha seguido una curva ascendente para los túnidos y descendente, con relación a éstos, de la tradicional sardina, el producto mayoritariamente exportado, sobre todo a Francia, entre los años 1914 a 1918.

Diversas razones culturales y la propia tradición del consumo de conservas, por parte de los franceses, desde los tiempos de Napoleón, hizo que Francia incrementase durante la I Guerra Mundial, de manera especial, la demanda de estos productos a las empresas gallegas, especialmente, sardinas.

Existía una vieja relación, iniciada a finales del siglo XIX entre Galicia y Francia. A raíz de la escasez de sardina que afectó a las costas francesas entre 1880 y 1887, empresarios de este país instalaron en Galicia sus propios establecimientos y otros crearon sociedades conjuntas con los salazoneros para la fabricación de conservas. Entre 1880 y 1907 el número de establecimientos pasó de seis a más de cien, mientras que el rápido crecimiento de las exportaciones en los primeros años del siglo XX, situaban a las conservas gallegas por delante de las de Francia, de modo que Galicia se convirtió en la principal región conservera de España y Vigo en uno de los principales centros conserveros del continente.

En 1887, Galicia había exportado a Francia 1,32 millones de kilos de sardinas en lata. Tradicionalmente, con guerra o en paz, Francia no era capaz de abastecer su propio mercado de consumo de productos enlatados, especialmente de pescado. Por ello, Galicia fue siempre un suministrador natural del país vecino, de suerte que a comienzos de 1914 la demanda comenzó a crecer para mantenerse toda la guerra.



Grabado 6. Fuente: Elaboración propia

Todo esto fue posible por la aparición en los años veinte del siglo XIX en Francia de un sistema de conservación de los alimentos, basado en su esterilización previa, proporcionó nuevas posibilidades de negocio a los emprendedores de aquel tiempo. La extraordinaria riqueza en sardina de la costa atlántica de Galicia y Portugal, atrajo, desde mediados del siglo XVIII, la masiva llegada de familias catalanas, procedentes en su mayor parte de la Costa Brava gerundense. En el primer tercio del siglo XX, y sobre todo durante la I Guerra Mundial, la mayor parte de la producción de conservas se destinaba a la exportación, haciendo de ella una industria de las más fuertes del país y en constante expansión.

La neutralidad española durante la I Guerra Mundial (Carmona, 2004: 102-103) ofreció a los fabricantes de conservas la posibilidad de vender, de manera indistinta a los dos bandos contendientes (Gráfico 1). De este modo, pudieron fijar precios netamente superiores a los que vendían los mismos productos en los años precedentes al conflicto. Si bien no todos supieron aprovecharse de esta circunstancia por igual, “*La primera guerra mundial fue para el conjunto del sector conservero la mejor época de su historia*” (Carmona, 2004:103):

Los beneficios de la guerra permitieron a los industriales de la conserva invertir en dos direcciones principales. La primera de ellas, en la reducción de su vulnerabilidad ante las fluctuaciones de la pesca, una estrategia en la que operaron en dos frentes. El primero de ellos, el de la adquisición de barcos que les permitieron ir a pescar más lejos. El segundo, el de la construcción o compra de nuevas fábricas en otras áreas de Galicia o de la península [...] La segunda dirección en la que invirtieron los beneficios de la guerra fue en la integración vertical; es decir, en la internalización por parte de las empresas en actividades de su cadena de valor que hasta entonces no habían contratado.

Quiere decirse que con los enormes beneficios deparados por la guerra, algunas empresas armaron sus propias flotas pesqueras (España era pabellón neutral no sujeto, en teoría, a ataques) o montaron más fábricas para dotarse de los mecanismos y complementos, envases y cierres que precisaban para sus preparados

Desde el punto de vista cuantitativo, puede decirse que algo más de treinta familias, en su mayoría de origen catalán y conocidos apellidos en el mundo de las marcas tradicionales, fueron las que obtuvieron los mejores resultados de su capacidad exportadora durante el conflicto. Algunas empresas, que habían iniciado su actividad apenas años antes, lograron consolidarse entre los cabecillas del sector y mejorar sus resultados en un 75% durante el periodo de la guerra de manera acumulativa y consecutiva, año a año, como le ocurrió a la conocidísima firma “Albo” (Carmona, 2011: 53).

Si bien es cierto que gracias a la guerra, los beneficios fueron altísimos, el periodo que siguió provocó numerosas incertidumbres, máxime como consecuencia del incremento del precio de las principales materias primas, que se había incrementado gracias a la demanda. La prensa y las publicaciones de la época, curiosamente, pretendieron dar la sensación de que la Gran Guerra fue un periodo crítico para la industria conservera, debido a la escasez de los suministros de estaño y de hojalata

que llegaba desde Gran Bretaña (Carmona y Nadal, 2005: 143), y reconociendo que esos problemas existieron, todos los estudiosos que han examinado los resultados económicos del conflicto con relación a la industria conservera en general, y gallega en particular, insisten en todas sus publicaciones en la misma conclusión: “*Fue el mejor periodo de su historia*”. De toda su historia.

Cierto que la guerra también afectó negativamente, debido, como queda dicho, a que una parte esencial de los materiales que precisaba la industria conservera para sus envases procedía del Reino Unido: estaño, hoja de lata y barriles para determinados preparados, y los envíos se lentificaron en algunos de los momentos del conflicto. Los conserveros más previsores que disponían de depósitos de estas materias, pudieron seguir su actividad a mayor ritmo que los menos sagaces, no obstante. Generalmente, las grandes marcas disponían de centros de producción no sólo en Galicia, sino en el Principado de Asturias, Cantabria, el País Vasco o Andalucía, según el caso.

La industria conservera fue, por tanto, uno de los sectores en que los beneficios empresariales vivieron durante la Gran Guerra una época de esplendor sin precedentes, aunque ello no afectara posiblemente a todas las empresas, pues las que compraban los envases ya hechos, o las que, teniendo taller de latas propio, no pudieron mantener las reservas, no estuvieron en condiciones de mantener las políticas descritas [que sólo fueron capaces de desarrollar las empresas de Vigo más sólidas y de mayor volumen] (Nadal y Carmona, 2004: 144)

Un aspecto curioso relacionado con los beneficios generados por el conflicto se reflejó como hemos dicho en la arquitectura patrimonial, que en Vigo es tan notable, en los edificios tanto de las fábricas como de las sedes sociales de las empresas o en la diversificación de los beneficios (Grabado 7).

Los cuantiosos beneficios obtenidos por la industria conservera durante la Gran Guerra posibilitaron a los empresarios ampliar y modernizar las instalaciones fabriles con la construcción de grandes y fastuosos edificios con los que pretendían reflejar su poderío económico. (Carmona, 2004: 313)

Los conserveros gallegos o establecidos en Galicia, acertaron en su momento, al asegurarse la elevada demanda que supuso la guerra.

No sólo las tropas necesitaban ingentes cantidades de alimentos, sino la población civil de los países contendientes requería sustituir los abastos que estaba dejando de percibir por la movilización de miles de trabajadores, la conversión de las tierras de labor en campos de batalla o la interrupción de las relaciones comerciales habituales. En ambos casos, en la retaguardia como en el frente, la durabilidad de los alimentos era un elemento clave, convirtiendo a las conservas en una mercancía prioritaria para los gobiernos en guerra (Carmona, *ibidem*).

Dicho de otro modo, el estruendo de la I Guerra Mundial produjo el tintineo de los beneficios para aquellos que supieron aprovecharse del conflicto. Otro aspecto positivo fue que los capitales acumulados por el incremento de las exportaciones permitieron a los conserveros desarrollar flotas propias, de manera que dejaron de depender de terceros y pudieron ir directamente en busca de la pesca con que alimentar sus fábricas.



Grabado 7. Aunque, lamentablemente, no todos los edificios emblemáticos, como el de la derecha, se conservan hoy en día, el centro urbano de Vigo sigue mostrando los hermosos edificios de granito gallego, levantados en gran medida como consecuencia de los recursos financieros que la Gran Guerra reportó a las familias conserveras. (Fotos cortesía de Jaime Garrido)

A finales de los años 20, aquella floreciente industria, que se había lucrado de la guerra, ya que exportaba el 90% de su producción, conoció la otra cara de la moneda, en gran medida a consecuencia del incremento de los aranceles de sus antiguos clientes europeos, de modo que, mediante una bajada en los precios, los conserveros pusieron de nuevo sus ojos en el mercado español. Al mismo tiempo se incrementó una iniciativa puesta en marcha por los conserveros vigueses durante los años de euforia exportadora de la Gran Guerra: el aprovechamiento de todos los subproductos de la industria, mediante fábricas reciclado y recuperación de restos metálicos de los envases que antes se enviaban a Alemania y que, ahora habían de ser tratados aquí (Nadal y Carmona, 2005: 71).

4. Conclusiones

La neutralidad española ofreció dos caras bien distintas ante la Opinión Pública nacional e internacional de la época. Si bien el lado amable y filántropo del Monarca español supuso una labor divulgada, ponderada y alabada entre el pueblo, que veía como la alcuria patria se interesaba por unas personas sencillas, como los que conformaban la base social española -ellos-, y que morían en las trincheras cada día, por millares, ésta no tuvo consecuencia práctica alguna, con independencia del valor humanitario de las gestiones de Alfonso XIII y allende el agradecimiento personal de los afectos, a través de la oficina montada al efecto, en beneficio de los prisioneros, heridos y familiares de soldados implicados en la I Guerra Mundial. En este sentido, el tablero de poderes internacional -al que nunca fuimos invitados como potencia tras la guerra y antes, sólo en el Tratado de Algeciras de 1906-, no contó con desempeño alguno por parte de una España que no había ganado en los campos de batalla el derecho a asiento en las conferencias de paz posteriores. Nuestro Rey no obtuvo ni tan siquiera el pírrico reconocimiento de la concesión del Premio Nobel de la Paz.

El hecho de que no se volviera a colocar, ni tan siquiera simbólicamente, a nuestro país, entre las grades naciones de su tiempo supuso un nuevo duro golpe a 20 años escasos de la pérdida de los restos del Imperio.

La otra cara de esta moneda sí fue positiva para el país ya que llegaron los beneficios económicos derivados del mercadear con unos y con otros en estado de necesidad. Estos lucros no siempre fueron adecuadamente aprovechados ni mantenidos en el tiempo, ni por los sectores industriales -no ‘explosionó’ la revolución industrial pendiente-, ni agroalimentarios y pesqueros -pues no supieron aprovechar el filón de las exportaciones-. España suministró pertrechos, equipos y alimentos a los dos bandos pero tras la guerra no sacó provecho de su intacta capacidad productiva. En algunos casos, los importantes flujos de dinero que entraron en España contribuyeron a una pequeña modernización y desarrollo de algunos ámbitos industriales, sin llegar a constituir escuela, o fueron aprovechados para la inversión en bienes raíces de gran valor, más propio de nuestra cultura secular.

Entre los sectores más beneficiados, como lo refleja el incremento espectacular de su producción exportable, se encontraron las conserveras de pescado de Galicia. Pero a la larga, tras la posguerra, debido a la escasez y el encarecimiento de productos básicos, que fueron y siguieron siendo exportados, la población española en su conjunto pagó las consecuencias, lo que derivó en una de las causas de las agitaciones sociales que, a partir de 1917 habrían de desembocar en la serie de acontecimientos que marcan la historia de España en los años 30 de siglo XX.

Se puede colegir que la situación de España durante la guerra mejoró para una parte de la población, dada la mayor prosperidad económica el capital creció; otra parte tuvo una efímera mejora de sus condiciones vitales, al haber más trabajo y más ingresos familiares que más tarde mudaría en una inflación de precios y alguna que otra escasez de abastecimiento en las ciudades (García Queipo de Llano, 1996) y, finalmente, otra, que vivió al margen de los campos de batalla europeos y que se convirtió en mero espectador de los sucesos que finalmente derivaron en un dominó de acciones y reacciones que llevaron a España a un desastre inevitable. Desde la crisis del 1909 (Semana trágica) hasta la huelga general del 1916 y su reverberación mayor, la del 1917, España se debatía en un tumulto de descontentos: coetáneas fueron las tres tensiones que serían endémicas ya: Militar (pues querían sindicarse dada la inflación que se comía sus sueldos), catalanista (con Cambó como muñidor de una autonomía pseudosegregacionista, aunque acabara de Ministro en un Gobierno de unidad nacional el mismo 1917) y proletaria (con unos sindicatos cada vez más potentes y unidos *ad hoc* -UGT y CNT-) apoyados por los conformantes del masivo éxodo campo-ciudad de sólo unos pocos años antes.

La I Guerra Mundial supuso para España otro tren pedido, fuera como combatiente (pues nuestros muertos hubieran dado notoriedad a nuestra posición en el mundo, bien como derrotados, bien como vencedores, -aunque nunca una guerra es deseada, por supuesto, pero preferiblemente mejor ‘hacia fuera’ que civil-) o como potencia

emergente en lo económico al albur de la situación de devastación de nuestros vecinos, aprovechando la situación de vacío productivo.

Sea como fuere, finalmente, como de costumbre, España se desangró en una estéril lucha intestina, social, de clases, de intereses, de nacionalismos, política, militar y civil, dejando que la situación se escapase de las manos. La guerra de África de 1921 no supuso más que un colofón, no por previsible menos ignominioso, a una situación abstrusa que aún empeoraría.

Europa restañó sus heridas, por profundas y muchas que fueran, a la espera de una solución final que todos auguraban cercana y que hasta 1945 no concluyó. España se mantuvo “orgullosamente sola” hasta 1953, con el vergonzoso Acuerdo de Madrid.

5. Bibliografía

- BONMARTI DE CODESIDO, F. (1946). *Alfonso XIII. El Rey enamorado de España*. Madrid: Eldus S.A. de Artes gráficas. p. 147-162.
- CABEZUELO LORENZO, F. (2010). El compromiso periodístico, político, militar y académico según Robert Redford, en *Revista de Comunicación Vivat Academia*. nº 110. Marzo. Disponible en: www.vivatacademia.net/numeros/n110/Num110/PDFs/n110-5.pdf
- CARDONA, G. (1990). “El problema militar en España”. En *Historia 16*, p. 121-127
- CARMONA BADÍA, J. (1985) La formación de la industria conservera gallega. En *Papeles de Economía Española Serie Economía de las Comunidades Autónomas*, nº 3. Galicia.
- (1995). “Recursos, organización y tecnología en el desarrollo de la industria española de conservas de pescado, 1900-1936”. En NADAL, J. y CATALÁN, J. eds., *La cara oculta de la industrialización española*, Madrid: Alianza Editorial.
- CARMONA, X. y NADAL, J. (2005). *El empeño industrial de Galicia. 250 años de historia [1750-2000]*. La Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza.
- (2005). *Galicia industrial*, La Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza
- CARRETERO NOVILO, J. M. [El caballero audaz] (1934) *¿Alfonso XIII fue un buen rey. Historia de un reinado*. Madrid: Ediciones Caballero Audaz.
- COMIDA PARA SOLDADOS: Disponible en: <https://sites.google.com/site/eltanquefraybentos/fray-bentos-produciendo/comida-para-soldados>
- CORTÉS CABANILLAS, J. (1941). *Alfonso XIII, causas y episodios de su caída*. Madrid: San Martín.
- (1951). *Confesiones y muerte de Alfonso XIII*. Madrid: ABC. p. 55-63.
- (1976) *Alfonso XIII y la guerra del 14*. Madrid: Alce
- (1995). *Alfonso XIII. Vida, confesiones y muerte* Barcelona: Edición moderna de Planeta DeAgostini.
- DE BAVIERA, P. y CHAPMAN-HUSTON, D. (1959). *Alfonso XIII*. Barcelona: Juventud. p. 138-167.

- ESPADA BURGOS, M. (1987). España y la guerra. En *Historia 16*. Tomo V: La Gran Guerra, años de sangre, ruinas y miseria, p. 89–105.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. (1934). *Historia del reinado de Alfonso XIII*. Barcelona: Muntaner y Simón.
- FUENTES CODERA, M. (2008). Proyectos contrapuestos para el catalanismo frente a la primera guerra mundial: lecturas comparadas de *La veu de Catalunya* y *El poble català* (1914–1915) en *Actas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*. Disponible en: www.ahistcon.org/docs/murcia/contenido/pdf/08/maximiliano_fuentes_codera_taller08.pdf
- GARCÍA QUEIPO DE LLANO, G. (1996). *El reinado de Alfonso XIII. La modernización fallida*. Madrid: Temas de hoy.
- GARRIDO e IGLESIAS (2000). *Vigo, arquitectura urbana*. Vigo: Concello de Vigo-Fundación CaixaGalicia.
- MONZÓN ARRIBAS, C. (1999). La opinión pública a finales del siglo XIX en España, en *Revista de la SEECI*, nº 4. Noviembre. Disponible en: www.ucm.es/info/seeci/Numeros/Numero_4/InicioN4.html
- RAMOS FERNÁNDEZ, F. (2002). “Razones históricas de la imagen del ejército ante la sociedad española. (Desde la guerra de cuba a nuestros días)” en *Ámbitos, Revista Internacional de Comunicación*, número 7-8, primer semestre 2002. Grupo de Investigación en Estructura, Historia y Contenidos de la Comunicación. Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Sevilla. p. 197-214.
- VALLUY, J. E. y DUFOURCO, P. (1976). *La Primera Guerra Mundial* (Dos tomos). Barcelona: Carroggio.
- VV.AA. (2011). *Las familias de la conserva*. (Edición coordinada por Xoan Carmona Badía). Pontevedra: Diputación Provincial/ ANFACO/ Fundación Cluster de Conservación de los Productos del Mar.
- VV.AA. (2004). *100 años de Unión Conservera*. Vigo: ANFACO.

Notas

- ¹ Codesido de Bomarti (1946: 152) recoge una anécdota que expresa el drama de la familia real en un episodio: “Y si una mañana, durante el almuerzo en familia, la reina Cristina, sin tener en cuenta la presencia de la reina Victoria, comenta la trágica muerte de Lord Kitchener, con esperanza para el triunfo de los suyos, no pasa más que al retirar los manteles Learle, el mozo de comedor traído por doña Victoria desde Inglaterra, observa en el sitio ocupado por su señora la huella profunda de unas finas uñas, Y si el destino pone a prueba sus temples con la muerte en los campos de Flandes del príncipe Mauricio, hermano de doña Victoria, la reina Cristina vierte generosamente sus lágrimas para engarzarlas con las de su nuera en el rosario del mismo dolor”.
- ² 1. Prohibición de la diplomacia secreta en el futuro. 2. Absoluta libertad de navegación en la paz y en la guerra fuera de las aguas jurisdiccionales. 3. Desaparición de las barreras económicas. 4. Garantía de la reducción de los armamentos nacionales. 5. Reajuste, absolutamente imparcial, de las reclamaciones coloniales. 6. Evacuación de todo el territorio ruso, dándose a Rusia la oportunidad para

su desarrollo. 7. Restauración de Bélgica en su completa y libre soberanía. 8. Liberación de todo el territorio francés y reparación de los perjuicios causados por Prusia en 1871. 9. Reajuste de las fronteras italianas de acuerdo con el principio de nacionalidad. 10. Desarrollo autónomo de los pueblos de Austria-Hungría. 11. Evacuación de Rumania, Serbia y Montenegro, concesión de un acceso al mar a Serbia y arreglo de las relaciones entre los Estados balcánicos de acuerdo con sus sentimientos y el principio de la nacionalidad. 12. Seguridad de desarrollo autónomo de las nacionalidades no turcas del Imperio Otomano. 13. Polonia, Estado independiente, con acceso al mar. 14. Asociación general de naciones, a constituir mediante pactos específicos con el propósito de garantizar mutuamente la independencia política y la integración territorial, tanto de los Estados grandes como en los pequeños.

- ³ El sistema nacional de reclutamiento español ha sido siempre injusto, cuando no vergonzoso. En 1836, Mendizábal crea el sistema de “redención” por el que, a cambio de 8.000 reales, los hijos de los terratenientes se libraban de servir a la nación. Los soldados saldrán de la masa de campesinos pobres, mal nutridos, analfabetos, mal vestidos y peor instruidos morirán en acciones absurdas bajo la dirección de oficiales incompetentes. Los estudios al respecto concluyen que por cada soldado muerto en acción de guerra en las campañas de Cuba, Filipinas o Marruecos, hubo entre 15 y 20 bajas por enfermedad o mal nutrición. Cólera, fiebre amarilla, tifus, tuberculosis, viruela y disentería causaron más bajas que las balas enemigas. El intento del general Luque, de imponer, en 1912, la obligación de que todos los ciudadanos en edad militar cumpliera el servicio personalmente naufragó antes de ser ensayada. Las clases pudientes lograron que se impusiera el sistema de “cuotas”. Según la cantidad que se pudiera pagar (1.000 o 2.000 pesetas) solamente se cumplían cinco o diez meses. Los demás debían servir durante tres años. Diez mil de estos pobres soldados perderán la vida en las campañas africanas sin la menor utilidad. (Ramos, 2002)
- ⁴ Se atribuye a Napoleón la idea de fabricar algún sistema que permitiera la conservación de los alimentos en sus campañas, a fin de evitar que el hambre y las enfermedades diezmaran sus ejércitos. Ofreció un premio de 12.000 francos al ciudadano que desarrollara un método que tuviera éxito en la preservación de los alimentos para transportarlo durante las campañas. En 1795, el inventor francés Nicolás Appert, (a partir de las experiencias del biólogo italiano Lazzaro Spallanzani, quien había demostrado que la carne no se descomponía si se la hervía durante un rato y después se la conservaba herméticamente cerrada), descubrió que los alimentos cocinados en cazuelas abiertas e introducidos en frascos de vidrio, posteriormente eran sellados con corcho, duraban más Su sistema representó el comienzo de la industria de conservas. El invento fue perfeccionado en 1810 por el británico Peter Durand con un cilindro de hojalata cerrado por ambos extremos, hecho de hierro recubierto de estaño cuyas piezas se unen por soldadura. El invento estaba consolidado.
- ⁵ Los “fomentadores”, como se les dio en llamar a los catalanes, aportaron la técnica mediterránea de la salazón, para la conservación del pescado en salmuera, y crearon toda una nueva estructura económica; algunos se convirtieron también en armadores, dotando así al puerto de una flota mercante, mientras que otros eran exclusivamente comerciantes. Las goletas que llevaban su carga de timbales de salazón y bidones de aceite de sardinas al Mediterráneo regresaban con mercancías como aceite de oliva, vinos y licores que alcanzaron gran implantación compitiendo con los del Ribeiro y otros de la tierra. Desde Cataluña se re exportaban los salazones vigueses a Francia y a Italia.

Los autores

Fernando Ramos Fernández es Licenciado en Periodismo y Doctor en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid. Técnico en Radiodifusión y Televisión por la Escuela Oficial de Madrid. Profesor Titular de Deontología y Derecho de la Información y la Publicidad en la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación de la Universidad de Vigo. Dirige los cursos de extensión universitaria, y complementarios de Comunicación y Protocolo y las Jornadas Internacionales de Comunicación Institucional y Protocolo de la Universidad de Vigo. También dirige los cursos de especialista en Dirección de Comunicación y Consumo, y en Publicidad, Mercadeo y Consumo, respectivamente. Es autor de 22 libros, tanto en España como en Portugal, sobre temas de comunicación. Está en posesión de diversos premios profesionales y de la Cruz al Mérito Militar, con distintivo blanco, en reconocimiento a sus trabajos como especialista en historia militar. Imparte el curso de Doctorado en Comunicación institucional y Protocolo en la Universidad de Vigo, en el Máster de Lengua y Comunicación en los Negocios. Director de la Academia de Protocolo de la Organización Internacional de Ceremonial y Protocolo. Ha desempeñado la Presidencia de la Comisión de Deontología y la secretaría del Comité de Ética. Es autor del Código Deontológico de la OICP, aprobado solemnemente en Roma en noviembre de 2007.

David Caldevilla Domínguez es Licenciado y Doctor en Ciencias de la Información, (Comunicación Audiovisual por la Complutense). Diplomado en Magisterio (U. de Zaragoza). Profesor en: U. Complutense, IPAM (Oporto), U. Europea de Madrid, IED y ESERP. Ponente y conferenciante en diversos cursos y profesor en varios títulos propios (Telemadrid, Walter & Thompson, McCann...). Secretario General de la SEECI (Sociedad Española de Estudios de Comunicación Iberoamericana) y del “Fórum Internacional de la Comunicación y Relaciones Públicas”. Investigador Principal (IP) del Grupo Complutense de Investigación ‘Concilium’. Autor de más de 60 artículos científicos y de 6 libros: *Asturias y La Rioja, una historia común*, *El sello de Spielberg*, *Cultura y RR.PP.*, *Manual de RR.PP.*, *Las RR.PP. y su fundamentación* y *La cara interna de la comunicación empresarial*. Ponente en 76 Congresos Nacionales e Internacionales. Firma invitada en diversas publicaciones y Tertuliano radiofónico en COPE y Radio-Intereconomía. ‘Medalla al mérito profesional’ por “Actualidad económica”.